

HOMERO

# Odisea

VERSIÓN DE SAMUEL BUTLER

«La más fiel de las  
versiones homéricas.»

J.L. BORGES

Fue escrita probablemente en el siglo VII a. C.

2700 años después, sigue muy viva: en 2018, una encuesta realizada por la BBC, en la que participaron escritores y críticos de 35 países, la eligió como la obra literaria más influyente de la historia.

## LA HISTORIA DE ULISES

Este libro narra la historia de Ulises, o más bien la historia de su regreso a casa después de diez años de guerra en Troya. El libro se conoce como «Odisea» porque el nombre griego de Ulises es Odiseo (Ὀδυσσεύς). El viaje de vuelta duró tanto como la guerra, diez años de denodados esfuerzos (o no tan denodados, opinan algunos) por volver al hogar.

Como es sabido, la guerra de Troya empezó por una mujer. O no: hay quien dice que fue Zeus quien quiso originar un conflicto para reducir la población de la Tierra, que ya entonces le parecía excesiva. Lo cierto es que, siguiendo instrucciones del Jefe, la diosa de la Discordia se presentó en una boda a la que habían sido invitados todos los dioses menos ella y, llena de despecho, arrojó a los pies de Hera, Atenea y Afrodita una manzana de oro que llevaba la inscripción «A la más bella». Las tres diosas se consideraron merecedoras del trofeo, por lo que hubo que recurrir a un juez imparcial, encargo que recayó en el joven París, hijo del rey de Troya, que en aquel entonces ejercía de pastor en el monte Ida, en Asia Menor. Allí acudieron las tres diosas: para sobornar al juez —ya entonces la justicia era imparcial— Hera le ofreció riqueza y poder, Atenea la sabiduría, Afrodita el amor de la mujer más hermosa del mundo. No hubo color: el premio se lo llevó Afrodita.

Que Helena —tal era el nombre de la belleza en cuestión— estuviera casada con Menelao, rey de Esparta, era un problema menor. Afrodita se encargó de que se enamo-

rara perdidamente de París y de que huyera con él, en una nave cargada con las riquezas de su marido.

Menelao se lo tomó mal, quizá no tanto por Helena — cuando esta volvió a su lado, diez años después, Menelao la recibió (casi) como si nada hubiera pasado: todo un ejemplo de mentalidad abierta— como por las riquezas o el bochorno. Él había ganado a Helena en un concurso al que se habían presentado casi todos los príncipes de Grecia, hasta noventa y nueve, dicen; y tan apetitosa era la recompensa que estaba claro que los perdedores iban a tener mal perder. Por lo que el padre de la novia, que era quien convocaba el certamen, estableció como condición que todos los participantes se comprometieran a defender al elegido y la paz de su matrimonio.

La idea de este pacto de solidaridad había sido de Ulises, rey de la pequeña y rocosa isla de Ítaca: tosco y achaparrado como era, se sabía sin posibilidades de victoria, por lo que quiso ganarse el favor del rey Tindáreo, padre de Helena, para optar directamente al premio de consolación, la mano de Penélope, prima de la reina de la belleza.

En la época del flechazo entre Helena y París, Ulises y Penélope ya se habían casado, y tenían un hijo de meses, Telémaco. Cuando los enviados de Menelao fueron a reclamarle que participara en la operación de castigo contra París, quien se había refugiado con su amada en su Troya natal, Ulises se fingió loco, y uncía al arado un asno y un buey para irse a labrar la arena, y sembraba sal en los surcos que hacía. Uno de los mensajeros, un tal Palamedes, no se tragó el montaje: arrancó al pequeño Telémaco de los brazos de su madre, que estaba contemplando la labranza, y lo arrojó delante de las lamas del arado. Ulises detuvo la yunta, revelando así su cordura, y condenándose por tanto a partir a la guerra.

(En justa venganza, durante la guerra Ulises acusó a Palamedes de traición, incriminándole con pruebas falsas, e

hizo que muriera lapidado. Palamedes fue el inventor del alfabeto).

En la guerra Ulises hizo un poco de todo: mató a unos cuantos en combate, y a otros mientras dormían<sup>[1]</sup>; entró en Troya disfrazado de mendigo y, sobre todo, urdió la estratagema del famoso caballo de madera, gracias al cual los griegos consiguieron acabar con la resistencia troyana y ganar la guerra.

Ulises llevó a Troya doce naves y mil quinientos hombres. Veinte años después, cuando por fin pudo llegar a su Ítaca natal, no le quedaba ni un solo hombre, ni una sola nave. La *Odisea* nos cuenta porqué.

## NUESTRA EDICIÓN

La *Odisea* se compuso en una fecha imprecisa, quizás en el siglo VII antes de nuestra era.

Casi 3000 años después, en 2018, una encuesta realizada por la BBC, en la que participaron escritores y críticos de treinta y cinco países, la eligió como la obra literaria más influyente de la historia.

Y lo fue casi desde el momento mismo de su creación. Ya en el siglo VI a. C. la *litada* y la *Odisea* eran recitadas en las fiestas públicas de Atenas; en el siglo V a. C., Esquilo se refería a sus tragedias como «migajas del banquete de Homero»; en el siglo III a. C., Livio Andrónico la tradujo al latín; en el siglo I a. C., Virgilio compuso su *Eneida* inspirándose en la *Odisea*. En la Edad Media abundaron las historias basadas en el ciclo troyano, la más célebre de las cuales es el *Román de Troie*, de Benoît de Sainte-Maure, y el mito de Ulises supera las fronteras del mundo románico: probablemente del siglo VIII es el texto *Merugud Uilix maicc Leirtis* (*Los viajes de Ulises hijo de Laertes*), en irlandés antiguo. Desde entonces, en todas las lenguas y en todas las épocas, es bien perceptible el rastro de la *Odisea*: Ulises está en *Las mil y una noches*, en Dante Alighieri y en Shakespeare, en La Fontaine y en Tennyson, en Virginia Woolf, en Ezra Pound y en T. S. Eliot, en Borges, en Cavafis, en Pessoa, en Joyce, en Pavese, en Georges Brassens, en Bob Dylan, en Suzanne Vega, en Nick Cave, en Margaret Atwood y en Jay-Z. Desde hace milenios, todos leemos lo mismo: un club de lectura que atraviesa los siglos.

Lo que quisiéramos con esta edición de la *Odisea* es incorporar nuevos socios al club y, desde la complicidad, invitarles a participar del intercambio de opiniones que suscita una lectura compartida. «Si leo la *Odisea* leo el texto de Homero, pero no puedo olvidar todo lo que las aventuras de Ulises han llegado a significar a través de los siglos...» (Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*).

Los clásicos se leen en cada época según el viento del momento. Y hoy nos preguntamos: ¿la *Odisea* es el relato de las mentiras, o las excusas, de Ulises, o es la historia del combate de Penélope, que defiende la hacienda de Ulises frente a los pretendientes que quieren ocupar su trono y su lecho?

Como contrapunto al relato homérico —y a siglos de patriarcado— hemos querido incluir en esta edición *La versión de Penélope*, de Margaret Atwood, donde la celebrada autora de *El cuento de la criada* y *Los testamentos* da voz a la protagonista real de la historia, y nos cuenta qué es lo que de verdad ocurría durante los largos extravíos de Ulises.

La *Odisea* fue compuesta en verso, concretamente en hexámetros, un verso muy rítmico pensado para ser recitado en voz alta, quizá con el acompañamiento de algún instrumento musical: el inicio de una ininterrumpida tradición que, a través de los cantares de gesta y los romances de ciego, ha desembocado en el rap. No es casual que la *Odisea* sea el libro favorito de Jay-Z, ni que Kase-O inicie su tema más famoso con una invocación a Poseidón y a las musas.

Pero es tal la lejanía en el tiempo que es imposible reproducir, siquiera con una mínima aproximación, la emoción que esa lectura producía en el público de la época.

Los admirables trabajos de los filólogos —Zenódoto de Éfeso (s. III a. C.), Friedrich August Wolf (1759-1824), Friedrich Nietzsche (1844-1900), Milman Parry (1902-1935), por citar solo algunos— se ocupan, desde hace siglos, en des-

entrañar el significado exacto de cada una de las palabras que componen el poema y en desvelar los mecanismos de su composición. En la estela de sus trabajos, se han realizado numerosísimas traducciones a todas las lenguas: un volumen de prodigiosa erudición, *The printed Homer*, de Philip H. Young, relaciona más de cinco mil, publicadas en cuatrocientas ciudades distintas de todo el planeta. Pero para nuestro propósito, el de revivir las historias de Ulises y Penélope y percibir cuán presentes han estado y seguirán estando en nuestras vidas, era necesaria no tanto la versión más filológicamente precisa, sino la que, aun a riesgo de ser menos literal, fuera más eficaz como relato.

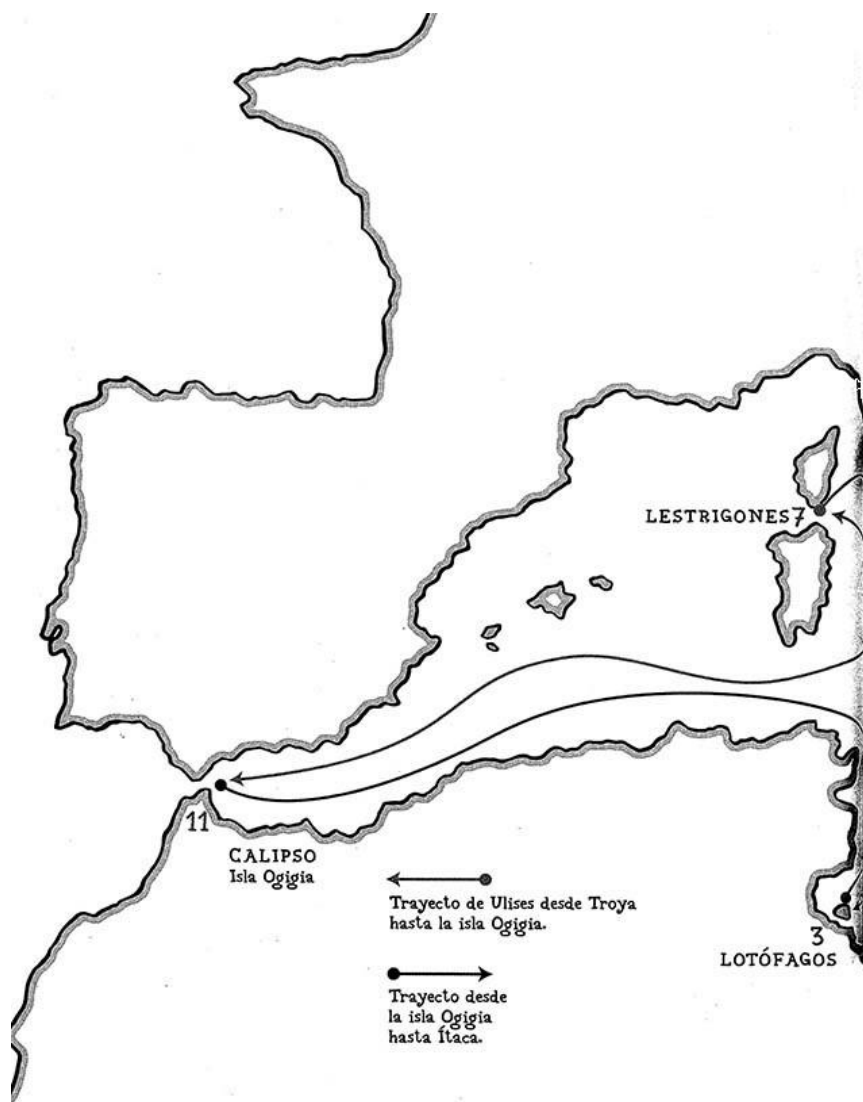
La lectura de un breve ensayo de Borges, *Las versiones homéricas*, publicado en 1932, nos puso sobre la pista de la versión, al inglés y en prosa, que Samuel Butler hizo en 1900. Borges la define como una «irónica novela burguesa», y, por la eficacia con la que transmite la esencia del relato original, la juzga «la más fiel de las versiones homéricas».

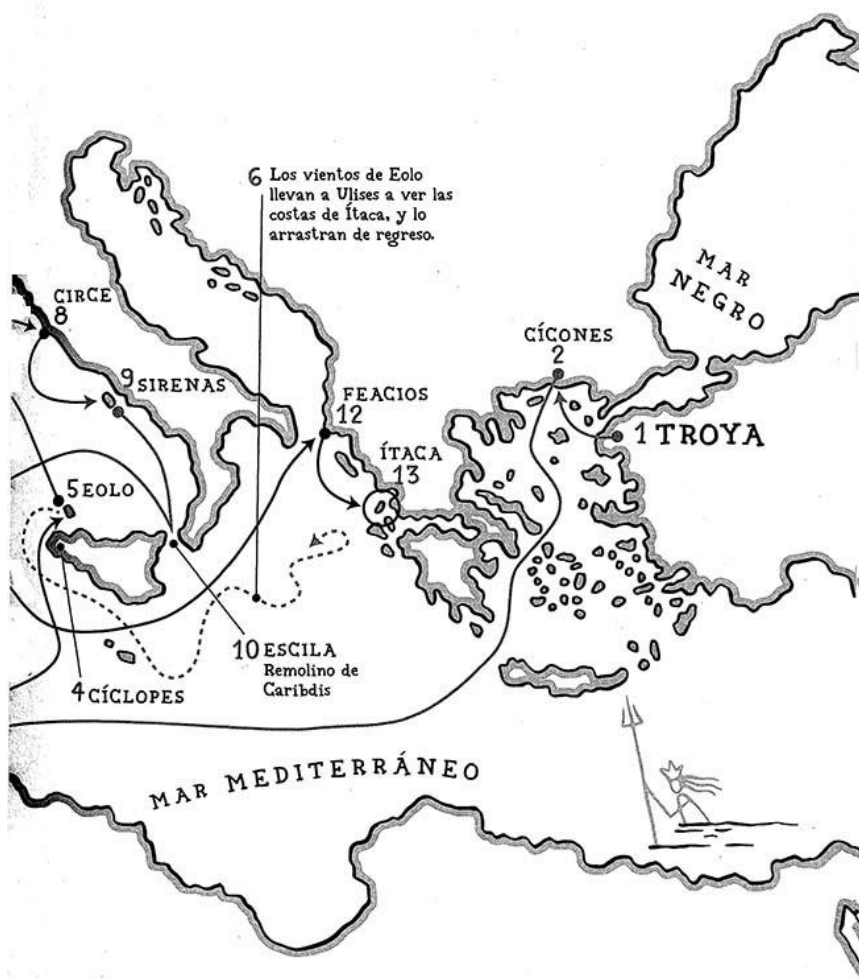
Samuel Butler (1835-1902), clérigo en Londres primero y criador de ovejas en Nueva Zelanda después, autor de la novela utópica *Erewhon*, descripción de un país imaginario en el que están prohibidas las máquinas, y donde los criminales son tratados como enfermos, y los enfermos como criminales, fue también el primero en reparar en la feminidad de la *Odisea*. No es Ulises-Odisseo el protagonista del poema que lleva su nombre, puesto que él no es más que el marido ausente, que a su regreso se justifica con una retahíla de probables mentiras: la verdadera acción se desarrolla en Ítaca, en el pulso entre Penélope y los pretendientes; y un papel no menor tienen en la obra los demás personajes femeninos, como Calipso, que convive siete años con Ulises y le ofrece la inmortalidad; Circe, que sucumbe a sus encantos y a su elocuencia; y Nausícaa, que lo imagina como marido ideal. Esto, junto con las frecuentes muestras de sensibilidad femenina que recorren la obra y la alejan de

la rudeza de la *litada*, llevó a Butler a afirmar que no fue Homero el autor de la *Odisea*, sino una mujer.

El dictamen de Borges y la percepción de la feminidad de la *Odisea* que tuvo Butler nos animaron a cometer la herejía de traducir la *Odisea* del inglés. ¿Por qué no? A fin de cuentas, los clásicos son de todos, y cada uno los lee como quiere.

Y ahora, a disfrutar. Estamos en 1178 antes de nuestra era. Ninguno de los protagonistas de la *Odisea* pudo sospechar que, 3200 años después, seguiría habiendo lectores ansiosos por compartir su vida y sus afanes.





## CANTO I<sup>[1]</sup>

### LOS DIOSES CELEBRAN CONSEJO ATENEA VISITA ÍTACA TELÉMACO DESAFÍA A LOS PRETENDIENTES

Háblame, ¡oh, Musa!, de ese ingenioso héroe que viajó de aquí para allá después de saquear la famosa ciudad de Troya. Visitó muchas ciudades y numerosas fueron las naciones cuyos usos y costumbres conoció; además, sufrió mucho en el mar mientras procuraba salvar la vida y conducir a sus hombres sanos y salvos de vuelta a casa; pero, por más que se esforzó, no pudo salvarlos, pues perecieron por su propia locura al comer las vacas de Helios, el Hijo de las Alturas, que impidió su regreso. Háblame también de todas estas cosas, ¡oh, hija de Zeus!, de quienquiera que las hayas sabido.

Todos los que habían escapado a la muerte en la batalla o por naufragio habían vuelto ya a su hogar menos Ulises<sup>[2]</sup>, a quien, aunque estaba deseando regresar a su patria con su mujer, retenía la diosa Calipso, que lo tenía en una enorme cueva y planeaba casarse con él. Pese a que, pasados varios años, llegó el momento en el que los dioses decidieron que volviese a Ítaca, ni siquiera entonces terminaron sus dificultades; todos los dioses habían empezado a compadecerlo, mas no Poseidón, que siguió acosándolo sin cesar y no le dejaba regresar. Poseidón se hallaba entre los etíopes, que viven en el fin del mundo y están divididos en

dos grupos, uno al oeste y el otro al este. Había ido allí a asistir a una hecatombe de carneros y bueyes, y disfrutaba de la fiesta; pero los otros dioses se congregaron en la casa de Zeus olímpico y el señor de los dioses y los hombres habló primero. En ese momento estaba pensando en Egisto, a quien había matado el hijo de Agamenón, Orestes; así les dijo a los otros dioses:

—Ved cómo los hombres nos culpan a los dioses de lo que no es sino el fruto de su propia locura. Mirad a Egisto; se casó con la mujer de Agamenón sin tener derecho a ello y después mató a Agamenón, aunque sabía que eso supondría su propia muerte, pues envié a Hermes para decirle que no hiciera ninguna de esas cosas, porque Orestes no dejaría de vengarse cuando creciera y quisiera volver a casa. Hermes le advirtió de buena fe, pero él no quiso escuchar y ahora ha pagado por todo ello.

Y respondió Atenea<sup>[3]</sup>:

—Padre, hijo de Cronos, poderosísimo señor, Egisto se lo tenía merecido, igual que cualquiera que haga lo que él. Pero es por Ulises por quien se me parte el corazón cuando pienso en su sufrimiento en esa isla solitaria ceñida por el mar, lejos, pobre hombre, de todos sus amigos. Es una isla cubierta de bosques, en mitad mismo del mar, donde vive una diosa, hija de Atlas, que cuida del fondo del océano y sostiene las grandes columnas que mantienen separado el cielo de la tierra. Esta hija de Atlas retiene al pobre e infeliz Ulises e intenta con toda suerte de halagos que se olvide de Ítaca, pero él, cansado de la vida, no piensa en otra cosa que en ver una vez más el humo de su hogar. ¿Esto, señor, no te conmueve? ¿Acaso Ulises, cuanto estuvo ante Troya, no te hizo numerosos sacrificios? ¿Por qué entonces sigues tan enfadado con él?

—Hija mía, ¿qué estás diciendo? —replicó Zeus—. ¿Cómo voy a olvidar a Ulises si no hay en la tierra hombre más capaz ni más generoso en sus ofrendas a los dioses inmortales que habitan en el cielo? Recuerda, no obstante, que

Poseidón sigue furioso con Ulises porque cegó el ojo de Polifemo, el rey de los cíclopes. Polifemo es hijo de Poseidón y la ninfa Toosa, hija del señor del mar Forcis; por eso, aunque no mata a Ulises, lo atormenta y le impide volver a casa. Pero pensemos ahora cómo podemos ayudarle a regresar; Poseidón se apaciguará, pues no podrá oponerse a la voluntad de todos.

Y dijo Atenea:

—Padre, hijo de Cronos, poderosísimo señor, en tal caso, si los dioses quieren ahora que Ulises vuelva a casa, deberíamos enviar antes a Hermes a la isla Ogigia para que diga a Calipso que hemos tomado una decisión: Ulises debe regresar. Entretanto yo iré a Ítaca para infundir valor al hijo de Ulises, Telémaco<sup>[4]</sup>; le animaré a convocar a los griegos en asamblea y a prohibir a los pretendientes de su madre Penélope<sup>[5]</sup> que entren en su casa y sigan comiéndose sus vacas y corderos; lo llevaré a Esparta y a Pilos para ver si puede averiguar algo sobre el regreso de su querido padre, pues esto hará que hablen bien de él.

Y con esas palabras se calzó las relucientes sandalias doradas, inmortales, con las que puede volar como el viento sobre la tierra o el mar, asió la temible lanza de bronce, fuerte, robusta y resistente, con la que desbarata las filas de héroes que la han contrariado, y voló desde las altas cumbres del Olimpo. Enseguida estuvo en Ítaca, a las puertas de la casa de Ulises, con la lanza de bronce en la mano y haciéndose pasar por un forastero, Mentos, caudillo de los tafios. Allí encontró a los pretendientes jugando a las damas delante de la casa y sentados en las pieles de los bueyes que habían matado y comido. Los heraldos y los criados se afanaban para servirles, unos mezclaban vino con agua en las cráteras, otros limpiaban las mesas con esponjas mojadas y volvían a ponerlas, y otros trinchaban gran cantidad de carne.

Telémaco la vio mucho antes que los demás. Abatido, estaba sentado entre los pretendientes; pensaba en su va-

leroso padre, en cómo los echaría a todos de la casa si regresara y volviera a ser como era y lo honraran igual que en el pasado. Mientras pensaba tales cosas entre ellos, vio a Atenea y fue directo a la puerta, molesto de que un huésped tuviera que esperar tanto en la entrada. Tomó su mano derecha y la invitó a darle su lanza.

—Sé bienvenido a nuestra casa —dijo—; cuando hayas compartido nuestra comida, dinos a qué has venido.

La guió mientras hablaba y Atenea lo siguió. Una vez dentro, dejó la lanza apoyada en una robusta columna, en el armero, junto a otras muchas lanzas de su infortunado padre, y la llevó a un asiento muy ornamentado debajo del cual extendió una bella tela bordada. Había también un taburete para los pies y colocó otro asiento para él a su lado, lejos de los pretendientes, para que no la molestaran con su ruido y sus insolencias mientras comía y para poderle preguntar con más libertad por su padre.

Una sirvienta les llevó entonces agua en una preciosa jarra dorada, que vertió en una jofaina de plata para que se lavasen las manos, y puso una mesa a su lado. Otra sirvienta de mayor rango les llevó pan y les ofreció muchas cosas que había en la casa, el trinchante les sirvió platos con toda clase de carnes y dejó copas de oro a su lado, y un criado les llevó vino y se lo escanció.

Luego entraron los pretendientes y ocuparon su sitio en los bancos y asientos. Sin más dilación los criados les vertieron agua sobre las manos, las sirvientas fueron de aquí para allá con cestas de pan y unos pajes llenaron las crateras de agua mezclada con vino; y ellos echaron mano a las viandas que tenían delante. En cuanto terminaron de comer y beber, pidieron música y danza, que son el mejor colofón de un banquete, así que un sirviente le llevó la lira a Femio, a quien obligaron a cantar para ellos. En cuanto cogió la lira y empezó a cantar, Telémaco le habló en voz baja a Atenea, acercando la cabeza para que nadie pudiera oírle.